

ñora Guillaume cuando estuvieron de vuelta;—ya la llamaremos, y, sobre todo, cuidado con salir antes.

La conferencia de los dos esposos fué tan secreta, que nada se transparentó de ella al principio. No obstante, Virginia, además de infundir ánimos á su hermana con frases cariñosas, llevó su complacencia hasta situarse junto á la puerta de la alcoba de su madre para ver si cazaba al vuelo algo de lo que dentro se decía. En la primera excursión que hizo desde el tercer piso al segundo, oyó á su padre lo siguiente: «Señora, ¿es que se propone usted matar á su hija?»

—¡Pobre niña!—dijo Virginia á su hermana, que lloraba.—Papá te defiende.

—¿Y qué le quieren hacer á Teodoro?—preguntó la inocente criatura.

Virginia volvió á su atalaya; pero esta vez observó más tiempo. Entonces supo que Lebas amaba á Agustina. Estaba escrito que en día tan memorable, casa tan tranquila ordinariamente ardería como un infierno. El señor Guillaume desesperó á José Lebas enterándole del amor de Agustina por un extraño. El muchacho, que había ya comprometido á su amigo para que pidiese á la señorita Virginia en matrimonio, vió destruidas sus ilusiones. A la señorita Virginia le atacó fuerte jaqueca al saber que hasta cierto punto la despreciaba José. La cizaña hizo presa en los dos esposos, y la divergencia de opiniones, por tercera vez en su vida, se manifestó ahora de modo terrible. En fin, á las cuatro de la tarde, Agustina, pálida, temblorosa y con los ojos enrojecidos por el llanto, compareció delante de sus padres. La infeliz contó, con sencillez encantadora, la muy corta historia de sus amores. Tranquilizada por el preámbulo de su padre, que prometió oírla en silencio, pronunció valerosamente el nombre de su querido Teodoro de Sommervieux, é hizo sonar con malicia el apéndice aristocrático. Abandonándose al encanto desconocido de hablar de sus sentimientos, tuvo la suficiente osadía para declarar, con inocente firmeza, que amaba al caballero Sommervieux y que le había escrito. Añadió lloriqueando:—Sería mi desgracia sacrificarme á otro.

—Pero, Agustina, tú no sabes lo que es un pintor—contestó horrorizada la madre.

—¡Señora Guillaume!—dijo el viejo imponiendo silencio á su mujer.—Agustina—añadió,—los artistas son, en general, unos ganapanes. Son demasiado derrochadores para no

ser unos malos sujetos. El difunto José Vernet, el difunto Lekain y el difunto Noverre eran parroquianos míos. ¡Ah, si supieras cuántas jugarretas prepararon el tal Noverre, caballero de San Jorge, y sobre todo el señor Philidor, al bueno de Chevrel! Son unos insolentes, me consta. Todos se os presentan con un palique, con unos modales... ¡Ah! nunca tu señor Sumer... Somn...

—De Sommervieux, papá.

—Pues bien, de Sommervieux, sea. Quizás será tan complaciente contigo, como lo fué para mí el caballero de San Jorge el día en que obtuve una sentencia de los cónsules contra él. Así eran esas gentes de calidad antaño.

—Pero, papá, Teodoro es noble y me ha escrito que era rico. Su padre se llamaba el caballero de Sommervieux antes de la revolución.

Estas palabras obligaron al señor Guillaume á mirar á su terrible mitad que, como mujer contrariada, hería el suelo con la punta del pie y guardaba triste silencio; evitaba hasta el dirigir sus miradas furiosas á Agustina, pareciendo que dejaba al señor Guillaume la responsabilidad de asunto tan grave, pues no se hacía caso de sus consejos; con todo, á pesar de su flemma aparente, cuando vió que su marido tomaba con tanta tranquilidad el partido acerca de catástrofe que nada tenía de comercial, dijo:

—Verdaderamente, señor, es usted muy débil con sus hijas... pero...

El ruido de un carruaje que se detuvo á la puerta, interrumpió de golpe la reprensión que el viejo temía. No tardó en hallarse allí la señora Roguín, quien dijo, tomando aires de protectora y dirigiéndose á los tres actores de esta escena privada:—Todo lo sé, prima.

Tenía el defecto la señora Roguín de creer que la esposa de un notario podía representar el papel de dama melindrosa.

—Todo me consta—repitió,—y vengo al arca de Noé, como la paloma con el ramo de olivo. He leído esta alegoría en el *Genio del Cristianismo*—añadió, volviéndose á la señora Guillaume;—el símil debe ser de tu gusto, prima. ¿Sabes—preguntó sonriendo á Agustina—que ese Sommervieux es encantador? Esta mañana me ha entregado mi retrato, hecho de mano maestra. Vale lo menos seis mil francos.

Y golpeó con ternura el brazo del señor Guillaume. No

pudo menos éste que hacer con sus labios una mueca ruin, que le era característica.

—Conozco mucho á Sommervieux—continuó la paloma. —Hace unos quince días que asiste á mis veladas, y es su mayor encanto. Me ha contado todas sus tristezas, y como me ha constituido en su defensora, y sé desde esta mañana que adora á Agustina, digo que será suya. No, no muevas de ese modo la cabeza en signo de negativa. Sábetelo que se le concederá el título de barón y que acaba de otorgarle el de caballero de la Legión de honor el emperador en persona durante su última visita al Salón. Roguín, que es hoy su notario, conoce al dedillo cómo tiene los asuntos. Sépase que Sommervieux posee en bienes, limpios de gravámenes, doce mil libras de renta. Sépase también que el suegro de un yerno como ese puede picar muy alto, ser alcalde de su distrito, entre otras cosas. ¿No se ha visto cómo se elevaba al señor Dupont á las dignidades de conde del imperio y senador, para que pudiera en su calidad de alcalde complimentar al emperador cuando entró en Viena? ¡Oh! digo que se efectuará el tal casamiento. Me ha cautivado el pobre joven, porque su conducta en lo que toca á Agustina sólo se ve en las novelas. ¡Anda, pequeña, te aseguro que serás feliz, y que todos te enviarán! Viene á mis recepciones la duquesa de Carigliano, que anda loca por Sommervieux. Las malas lenguas afirman que únicamente por él acude á mi casa, como si una duquesa de nuevo cuño desmereciese en casa de una Chevrel, cuya familia cuenta cien años largos de abolengo.

Al cabo de breve pausa, prosiguió diciendo la señora Roguín:

—He visto el retrato, Agustina. ¡Dios mío, qué hermoso! ¿Sabes que el emperador manifestó deseos de admirarlo? Riendo ha dicho al vicecondestable que como hubiese muchas damas así en su corte, mientras la visitaban tantos reyes, se creería con fuerzas para mantener la paz en Europa. ¿No es eso adulador?

Estaba de Dios que las tormentas amasadas por la mañana sobre la casa aquella fuesen como las de verano, que despejan el tiempo dejando el horizonte claro y sereno. Desplegó tanto arte la señora Roguín en su defensa, supo herir tantas fibras á la vez en el seco corazón de los señores Guillaume, que acabó por apoderarse de una, sacando de esta ventaja todo el partido posible. En época tan singular, estaban más

que nunca el comercio y la banca tocados de la foga manía de contraer alianzas con los grandes señores, y los generales del imperio se aprovecharon grandemente de tales disposiciones. El señor Guillaume protestaba contra todos de tan triste vanidad. Su doctrina era que la mujer debía casarse con los de su clase, si quería ser feliz, y que más ó menos pronto sobrevenia el castigo correspondiente á haber levantado tan alto el pensamiento. Resistía de modo tan débil el amor á las vulgaridades de la existencia común, que era preciso que los cónyuges reuniesen caracteres extraordinarios para que fueran dichosos. No había necesidad de que uno de ellos fuese superior para comprenderse; si el marido hablaba griego y la mujer latín corrían peligro de padecer hambre. Había inventado este á manera de adagio: comparaba á los matrimonios así concertados con las antiguas telas, mezclilla de seda y lana en que la lana se veía al fin cortada por la seda. Hay, sin embargo, tal fondo de vanidad en el corazón humano, que toda la sabiduría del piloto que gobernaba tan admirablemente el Gato de la pelota cedió ante la agresiva destreza de la señora Roguín. No anduvo rehacia la señora Guillaume en ver motivos para derogar sus principios, fundándolos en el apasionamiento de su hija, y fué la primera en consentir la visita del señor de Sommervieux, con reserva mental desde luego de someterlo á riguroso examen.

El viejo buscó á José Lebas y le puso al corriente de todo. A las seis y media se reunían en el comedor copiado por el artista, y bajo el techo de vidrio, los señores Roguín, Sommervieux y su encantadora Agustina, José Lebas, que se conformaba pacientemente con su ventura, y la señorita Virginia cuya jaqueca había ya cesado. Los señores Guillaume consideraron que sus hijas iban á estar acomodadas y los destinos del Gato en manos hábiles. Su alegría llegó al colmo, cuando, á los postres, les regaló Teodoro el admirable cuadro que no habían podido contemplar antes, y que representaba el interior de la tienda, escenario de sus mayores dichas.

—Tiene gracia—observó Guillaume.—¡Y que por esto ofrecieran treinta mil francos!

—Es que hasta mis lazos se encuentran aquí—contestó su esposa.

—Y estas telas desplegadas—dijo Lebas—casi dan tentación de alargar la mano.

—Las telas adornan siempre—repuso el pintor.—Afortunados seríamos los pintores modernos si nos apoderáramos hasta la perfección del gusto que hay en los trapos antiguos.

—¡Cómo! ¿le gusta á usted esta industria?—exclamó el buen Guillaume.—¡Qué diablo, hombre! ¡Chóquela usted, amigo mío! Ya que no le merece desdenes el comercio, fácil será que nos entendamos. ¿Y por qué despreciarlo? El mundo ha empezado por ahí, puesto que el padre Adán vendió el paraíso á cambio de una manzana. ¿No fué ese, por ejemplo, el más célebre de los negocios?

Y el viejo soltó una carcajada de franco alborozo, sintiendo la excitación del champagne que prodigaba generosamente en los vasos. La venda que cubría los ojos del artista era tan espesa, que encontró á sus futuros padres amables en exceso. No vaciló, pues, en amenizar la conversación, distrayéndoles con chistes de buen tono. Con eso complació á todo el mundo. Por la noche, cuando el salón, amueblado con objetos tan contrarios, según la expresión de Guillaume, quedó solo, mientras que la señora Guillaume de la mesa á la chimenea, de luz en luz, iba apagando todas las bujías precipitadamente, el incorregible comerciante, que veía siempre claro, se tratase de negocios ó de intereses, llamó á su hija Agustina, y haciéndola sentar sobre sus rodillas, le dirigió esta arenga:

—Querida hija, te casarás con tu Sommervieux, puesto que así lo deseas; permiso te doy para que arriesgues tu capital de ventura. Pero yo no me dejo embaucar por esos treinta mil francos que se ganan ensuciando hermosas telas. El dinero que viene cantando, cantando se va. ¿No he oído afirmar á ese joven sin sesos que el dinero era redondo para que rodase? Si es redondo para los pródigos, también es llano para la gente económica que lo guarda. Luego, hija mía, puesto que el lindo muchacho habla de ponerte coches y de regalarte alhajas, y tiene dinero, que lo gaste para ti *¡bene sit!* Nada me importa. En cuanto á lo que he de darte, ya es diferente; no quiero que escudos que tanto costaron de apilar se evaporen en carrozas y ringorranos. El que gasta mucho, jamás es rico. No hay bastante con tus cien mil escudos de dote para comprar á París en peso. Suerte tienes con poder heredar algunos centenares de miles de francos, y haré que tarde el día, ¡por vida del demonio! sí, lo más tarde posible. He llamado aparte á tu novio, y hombre

que, como yo, ha manejado diestramente la bancarrota Lecoq, no es posible que hiciese ningún esfuerzo extraordinario para obligar á un artista á casarse, estipulando la separación de bienes. Vigilaré el contrato para ver las donaciones que te concede. Nada, hija mía, que ya sueño con ser abuelo, y me preocupo por la suerte de mis nietos: júrame ahora no firmar cosa que afecte á tus intereses, sin tomar antes mis consejos; y si fuera yo á reunirme demasiado pronto con el digno Chevrel, prométeme que consultarás estas cosas con Lebas, tu cuñado. Júramelo.

—Sí, padre, lo juro.

Pronunció estas palabras ella con voz muy dulce, y el viejo la besó en las mejillas. Durmieron aquella noche todos los enamorados, casi tan tranquilamente como el señor y la señora Guillaume.

Algunos meses después de este domingo memorable, fué el altar mayor de Saint-Leu testigo de dos matrimonios bien diferentes. Agustina y Teodoro se presentaron allí ebrios de felicidad, los ojos irradiando amor, y vestidos elegantemente. Les seguía un séquito brillante. Llevada en buena compañía, al lado de su familia, apoyándose en el brazo de su padre, seguía Virginia humildemente á su hermana, sencilla en su atavío, y como sombra necesaria al conjunto armónico del cuadro. El señor Guillaume hizo cuanto humanamente fué posible para que la ceremonia empezara por su hija mayor; pero tuvo la pesadumbre de que el alto y el bajo clero dieran en todo la preferencia á la más elegante de las desposadas. Oyó que algunos de sus vecinos aprobaban la cordura de la señorita Virginia, que hacía, según su opinión, el casamiento más provechoso, y continuaba fiel al barrio, mientras aventuraban mordaces pullas, sugeridas por la envidia que les causaba, contra Agustina, que se enlazaba á un artista, á un noble; añadieron con expresión de susto que si entraba la ambición en casa de los Guillaume, la pañería se iba al diablo. Como dijera un viejo traficante de abanicos que aquel despilfarrador no tardaría en dormir sobre la paja, el honrado Guillaume aplaudió para su capote la prudencia que tuvo en concertar los capítulos matrimoniales. Por la noche, después de un baile suntuoso, seguido de una de esas cenas opíparas, cuyo recuerdo empieza á perder la generación actual, los señores Guillaume quedaron en su hotel de la calle de *Colombier*,

donde se había verificado la boda, los señores Lebas regresaron á su nido del caserón de la calle *Saint-Denis* para encargarse de la dirección del buque conocido por el Gato que pelotea, y el artista, embriagado de ventura, cogió en los brazos á su adorada Agustina, la arrebató violentamente cuando el cupé estuvo en la calle de los Tres Hermanos y la condujo á un gabinete embellecido por el soplo genial de todas las artes.

Lo arrebatado de la pasión de Teodoro hizo que se deslizara, para el lindo matrimonio, casi un año entero sin que la más ligera nubecilla empañase el cielo azul de su felicidad. No fué ciertamente pesada para los dos amantes la existencia. Enriquecía la Teodoro cada día con increíbles refinamientos de placer, complaciéndose en variar los extremos de su pasión, por la suave y dulce languidez del reposo y de la quietud, en que caen las almas, con éxtasis tan profundo, que hasta parece que olvidan los lazos corporales. Inútil para toda reflexión, la gozosa Agustina se abandonaba á los poéticos vaivenes de su ventura. Creía que no se sacrificaba bastante entregándose por entero, sin reservas, al amor santo del matrimonio; sencilla é ingenua, no conocía desde luego ni la coquetería de ciertas negativas, ni el imperio que una señorita de distinción puede ejercer sobre su marido inspirándole nuevas ansias, astutamente; amaba demasiado para pensar en lo porvenir y no imaginaba que en vida tan deliciosa hubiese fin. Bienaventurada de que su esposo cifrase en ella todos sus goces, imaginó que aquel amor inextinguible sería siempre el más hermoso de cuantos adornos pudiesen enaltecerla, y que su abnegación y su sacrificio constituirían un atractivo inacabable. En resumen, la dicha de amar había aumentado de tal manera sus gracias, que le inspiró su propia belleza no sé qué seguridad de ser á todas horas el dueño querido de hombre tan impetuoso como lo era el señor de Sommervieux. Su condición de casada no le facilitó más enseñanzas que las del amor. Continuó siendo, en lo íntimo de tal ventura, la niña ignorante que vivía obscuramente en la calle *Saint-Denis*, y no pensó nunca en apoderarse de los modales, de la instrucción, del gusto que derrochaba el mundo en que debía vivir. Sus palabras eran palabras amorosas, y ponía en ellas lo más flexible de su espíritu, adoptando la más delicada expresión; pero usaba el lenguaje común á todas las mujeres que están

en su elemento cuando se apasionan. Si Agustina soltaba alguna idea discordante con las de Teodoro, por casualidad, reíase el artista como se ríe uno de las involuntarias faltas que comete un extraño y que fatigan al cabo si no se corrigen. A despecho de tan exagerado cariño, cuando expiró aquel año tan veloz como adorable, sintió Sommervieux cierta mañana necesidad imperiosa de volver á sus estudios y á sus costumbres. Su mujer se hallaba en cinta, y era razón de más. Volvió al trato de sus amigos. Durante las fatigosas penalidades del año en que, por primera vez, alimentaba la dama á su hijo, trabajó, no hay duda, febrilmente; pero de cuando en cuando iba á distraerse en los círculos de la alta sociedad. La casa á que de mejor grado concurría era la de la duquesa de Carigliano, quien consiguió á la postre atraerse al gran artista. Cuando se restableció Agustina y su hijo no reclamaba ya los cuidados maternos, que privan á la noble nodriza de concurrir á todas partes, Teodoro quiso satisfacer su vanidad presentando á las gentes una mujer tan hermosa, objeto de envidia y de curiosidad. Recorrer los salones llevando en su auréola el reflejo de la fama de su marido, despertar celos en las mujeres, aportó á Agustina nueva cosecha de goces, pero también el último destello de su ventura conyugal. Comenzó por herir el amor propio de su marido, descubriendo, y eso que hizo vanos esfuerzos para evitarlo, su ignorancia, la falta de cultura en el lenguaje y lo pobre de sus ideas. De Sommervieux, que estuvo dominado durante dos años y medio por los primeros impulsos del cariño, recobró su carácter, su inclinación natural; y sus costumbres, abandonadas momentáneamente, volvieron á su centro. Los derechos que ejercen en los espíritus superiores la poesía, la pintura y, en suma, los goces intelectuales, son imprescriptibles. La necesidad que siente el alma de semejante alimento no sufrió extravío durante dicho período, sino que ocurrió que Teodoro halló un incentivo más en su embriaguez amorosa. Cuando hubo recorrido los prados del amor, y arrancado, como los niños, rosas y lirios con tanta avidez, que no se fijaba en que sus manos no podían ya con la carga, cambió la escena. Si el pintor mostraba á su mujer el boceto de sus más bellas composiciones, la oía gritar, como lo hubiera hecho el buen Guillaume: «Es muy lindo.» La admiración era fría y no dimanaba de sentimiento consciente alguno, sino de la fe sin límites en

el amor. Agustina prefería una mirada, al cuadro más hermoso. No conocía otras sublimidades que las grandezas del corazón. Teodoro tuvo que rendirse á la evidencia de esta verdad cruel: su esposa no se dejaba adormecer en el ensueño poético, no volaba á la esfera donde él se cernía, ni le acompañaba en sus improvisaciones, en sus entusiasmos, en sus amarguras: arrastrábase por el suelo sin tender el vuelo rastrero fuera del mundo real, en tanto que él caminaba siempre con la cabeza perdida en lo infinito. Los espíritus vulgares no pueden apreciar el sufrimiento perdurable del ser, que, unido á otro con los más íntimos lazos, se ve forzado á concentrar en sí mismo todas las expansiones de su imaginación y á ver cómo se pierden en el vacío las imágenes que crea, impulsado por una potencia mágica. Y es tanto más horrible este sufrimiento cuanto que el cariño que tiene á su compañera le fuerza á no ocultarle nada y á confundir la efusión de sus ideas, como confunde la ternura de su alma. No se engaña impunemente á la naturaleza. Es inexorable como la necesidad, que, de cierto, puede compararse á una especie de naturaleza social. Sommervieux buscó refugio contra la pena en la calma y el silencio de su taller, esperando que la costumbre de vivir entre artistas le ayudase á educar á su esposa y á desenvolver todos los gérmenes de elevada inteligencia que muchos espíritus superiores se figuran que preexisten en los demás; pero Agustina era demasiado sinceramente devota y por ello no es extraño que le asustara el lenguaje de los artistas. En una de las primeras comidas á que invitó Teodoro á sus amigos, oyó decir á un pintor joven con pueril ligereza, que no supo reconocer y que era resumen de las mayores burlas irreligiosas:

—Señora, señora, este paraíso no es más bello que la Transfiguración de Rafael, y, á pesar de todo, juro que me he cansado de mirar el tal cuadro.

El instinto de desconfianza que Agustina interpuso entre las ingenuidades de aquella reunión de hombres agudos no se ocultó á ninguno de ellos. Incomodó á todo el mundo, y no se olvidó que los artistas son implacables cuando se les molesta: huyen ó se burlan. La señora Guillaume exageraba; entre otras cualidades ridículas, tenía la de ser extremosa en las quisquillas de la dignidad, que á su juicio constituía una de las más grandes dotes de la mujer casada: si bien era frecuente en Agustina el satirizar semejante gatzmoñería, no

supo evitar de un modo absoluto la influencia del ejemplo. La exageración en las manifestaciones del pudor, de que no se curan siempre las mujeres virtuosas, inspiró algunos rasgos epigramáticos, en que el chiste inocente acusaba demasiado buen gusto para que Sommervieux se diera por resentido. Y aun cuando las burlas fueran más graves no podrían considerarse, después de todo, más que como represalias tomadas en su persona por los amigos. Lo que ocurría es que todo ejercía su influjo en un alma como la de Teodoro, tan sugestionable, y así fué creciendo de hora en hora la frialdad que había empezado á combatir. Para conseguir la dicha conyugal es preciso ir trepando por una montaña, cuya meseta estrechísima está á dos pasos de un reverso tan rápido como resbaladizo. Por él se precipitó el amor del artista. Juzgó incapaz á su mujer de apreciar en lo que valían ciertas consideraciones de orden moral con que íntimamente se justificaba de la singular manera con que la iba tratando ya, y se figuró que no pecaba en ocultar pensamientos que ella no había de entender y no sé qué extravíos que no eran pecaminosos para una conciencia ordinaria. Agustina se concentró en su pena, triste y silenciosa. Sus sentimientos íntimos extendieron un velo que debía espesarse cada día más entre los esposos. Sin que su marido le regatease las consideraciones más elementales, bien veía que reservaba para los extraños los tesoros de gracia y de ingenio que antes arrojaba á sus pies. No tardó, fatalmente, en saber interpretar los dichos agudos de las gentes contra la inconstancia de los hombres. No se quejó, pero su actitud fué actitud de reproche. Tres años después de su boda, aquella mujer, joven y bonita, que pasaba deslumbradora en su brillante coche, que vivía en esfera elevada si no se mira más que el humo de la gloria y de las riquezas, que envidian los indiferentes, los que no profundizan los secretos de la vida, se vió presa de violentas pesadumbres; su rostro palideció; entró su alma reflexiva en amargas comparaciones, y, al fin, la desgracia clavó en ella sus primeros y más sensibles aguijonazos. Resolvióse valerosamente á no traspasar el círculo de sus deberes, esperando recobrar, gracias á conducta tan generosa, el cariño de su marido; pero se equivocó. Cuando salía Sommervieux cansado del taller, no ocultaba con tanta ligereza su labor Agustina, que él no la sorprendiese repasando la ropa blanca de la casa y

la suya, con todo el celo apetecible en la dueña más hacendosa. Sin murmurar, generosamente facilitaba el dinero necesario para las prodigalidades de su esposo; pero deseando conservar la fortuna de su querido Teodoro, rivalizaba en economizar lo mismo para sus atenciones que en lo que se refiere á ciertos pormenores de administración doméstica. Semejante conducta es incompatible con el abandono de los artistas, que no se preocupan jamás del mañana y que á la postre de su carrera, de tal modo han gozado de la existencia, que no se paran á investigar los motivos de su ruina. Inútil determinar las gradaciones con que se fué apagando el fulgor brillante de su luna de miel, y que acabó por sumergirlas en lo más obscuro. Cierta tarde, la triste Agustina, que hacía ya mucho tiempo que oía á su marido hablar con entusiasmo de la señora duquesa de Carigliano, recibió de una amiga algunos pormenores, tan caritativos cuanto maliciosos, acerca de la clase de relaciones que ataban á Sommervieux con la célebre coqueta de la corte imperial. Sintióse á los veintidós años, cuando más brillaba su juventud y su belleza, pospuesta á una dama de treinta y seis; y no advirtió, herida por el golpe que labraba su infortunio, que era halagada por la sociedad, que entre el bullicio de las fiestas, sin encanto alguno para ella, era admirada, y que se entretenían las gentes en envidiar su posición. Varió notablemente su carácter. La melancolía adornó sus rasgos fisonómicos con no sé qué tinte de dulzura resignada, con la palidez que presta al rostro el amor desdeñado. Cortejaronla los hombres más simpáticos; pero permaneció fiel, virtuosa. Desesperóla el desprecio que transparentaban algunas frases de su marido. Por instinto fatal descubrió qué defectos de contacto, hijos de las mezquindades de su educación, apartaban su alma de la de Teodoro, y fué tanto su amor, que absolvió al culpable y se condenó á sí misma. Lloró lágrimas de sangre y reconoció, aunque era tarde ya, que también existen uniones desiguales entre las almas, como existen también entre los cuerpos por las diferencias de costumbres y rango. Pensando en las tempranas delicias de su enlace, midió la grandeza de la felicidad perdida y convino consigo misma, que en aquella exuberante cosecha de amor había pasado una existencia entera y que sólo con moneda de desgracia podían pagarse tales beneficios. Era tal, sin embargo, y tan sincero su cariño, que no podía

perder toda esperanza. Por eso emprendió á los veintidós años la tarea de instruirse y de poner su imaginación á la altura de aquel á quien tanto amaba. «Si no puedo compararme con los poetas, pensaba, cuando menos lograré entender la poesía.» Y desplegando la fuerza de voluntad, la energía que poseen todas las enamoradas, intentó el cambio de su carácter, de sus inclinaciones y de sus costumbres; ocurrióle, empero, que por más que devoró volúmenes y estudió con ímpetu rabioso, sólo logró ser menos ignorante. La ductilidad del talento y las gracias de la conversación, ó las da como un don la naturaleza ó se adquieren gracias á la educación que empieza en la cuna. Podía apreciar el mérito de la música y gozar de sus encantos, pero no cantar con gusto. Descubriósele las bellezas de la literatura y de la poesía, pero era demasiado tarde para conservarlas en su rebelde memoria. Oía con deleite las conversaciones, pero ningún brillo aportaba con su palique á la tertulia. Sus ideas religiosas y sus preocupaciones de la infancia opusieron á la completa emancipación de la inteligencia. En una palabra, el alma de Teodoro sufría en contra suya terrible prevención, que no pudo vencer. Burlábase el artista de los que alababan á su mujer, y no dejaban de tener sus chistes fundamento; imponía de tal modo á la joven y sensible criatura, que en su presencia, ó cuando se hallaban á solas, temblaba la infeliz. Atada por su exagerado deseo de agradar, sentía que su alma y sus aptitudes se perdían en un sentimiento único. Hasta la propia fidelidad de Agustina desagradó al infiel marido, que parecía impulsarla á caer en falta, calificando su virtud de insensibilidad. Quiso en vano abdicar ella de su razón, y ajustarse á los caprichos y á las fantasías de su esposo, sacrificándose á su egoísmo y á su vanidad; no recogió fruto alguno por tales sacrificios. Quizás habían dejado ambos pasar el momento en que pueden las almas comprenderse. Otro día, aquel corazón ternísimo recibió uno de esos golpes que pliegan violentamente todos los lazos del sentimiento, y de modo que no parece sino que han quedado rotos. Agustina se aisló al pronto; pero no tardó en hacerla una idea fatal que la condujo á buscar consuelo y á solicitar los consejos de su familia.

Cierta mañana dirigióse hacia la grotesca fachada de la casa humilde y silenciosa donde corrieron los primeros años de su vida. Suspiró reconociendo aquella vidriera, desde

donde envió un día su primer beso á aquel que daba hoy á su vida tantos reflejos de gloria como sinsabores. Nada había cambiado en el antro donde se remozaba el comercio de la pañería. La hermana de Agustina ocupaba en el antiguo mostrador la plaza de su madre. La afligida joven encontró á su cuñado, con la pluma tras la oreja, y tan atareado estaba, que apenas la atendió; velanse en torno suyo todas las terribles señales de un inventario, y la dejó en seguida rogándole que le dispensara. Recibíola fría su hermana, demostrándole algún rencor. Se explicaba: Agustina, que acababa de apearse de un coche lujoso, no se había detenido nunca allí, como no fuese de paso. La mujer del prudente Lebas creyó que la visita matinal estaba relacionada con algún interés pecuniario, y procuró mantenerse firme en cierto aire de reserva que obligó á sonreír más de una vez á Agustina. La mujer del pintor vió, que exceptuando las cintas de la gorra, su madre había encontrado en Virginia digna sucesora, fiel á las tradiciones del Gato de la pelota. Durante el almuerzo advirtió ciertos cambios en el régimen de la casa, que honraban al buen sentido de José Lebas: los dependientes no se levantaron á los postres; se les permitía mezclarse en la conversación, y la abundancia de los platos anunciaban cierta comodidad no ostentosa. La elegante joven encontró allí algo parecido á un palco de los Franceses, donde recordó haber visto á su hermana alguna vez. Lucía la señora de Lebas una cachemira magnífica que daba fe de la generosidad con que la trataba su esposo. Se echaba de ver que el matrimonio andaba en armonía con su época. Enterneció á Agustina el observar, durante su visita, la ventura sin diferecias, sin arrebatos también, es cierto, pero sin tormentas, de que disfrutaba aquella pareja convenientemente proporcionada. Habían aceptado la vida como si se tratase de una empresa comercial en donde ante todo había que honrar el negocio. Virginia dedicaba todo su celo á hacer que naciera en su marido el amor que no halló sino muy apagado; conducido como de la mano, insensiblemente, á estimar, á querer á su amiga, el tiempo que tardó en estallar la dicha, fué prenda segura de duración para José Lebas. No se extrañará, por tanto, que cuando la quejosa Agustina expuso su triste situación, tuviera que ir secando el diluvio de lugares comunes que la moral de la calle de Saint-Denis inspiró á Virginia.

—Como el mal está ya hecho, querida esposa—dijo José Lebas,—es preciso buscar el medio de dar buenos consejos á nuestra hermana.

Después analizó el hábil negociante pesadamente los recursos que la ley y las costumbres prestaban á Agustina para salir de aquella crisis; enumeró, por decirlo así, las consideraciones pertinentes; las distribuyó, según su importancia, en especies de categorías, como si se tratara de géneros de distintas cualidades; luego hizo el balance, pesólas y concluyó razonando la necesidad que tenía su cuñada de adoptar un partido violento, nada en armonía con el amor que profesaba aún á su esposo: el dulce sentimiento de cariño se le despertó pujante oyendo hablar á José de recurrir á vías judiciales. Agustina dió las gracias á sus dos amigos y volvió á su casa mucho más indecisa que antes de la consulta. Aventuróse entonces á ir al hotel de la calle de Colombier con el propósito de explayarse con sus padres, pues se parecía á esos enfermos desesperados que prueban todo género de medicinas y recurren hasta á los remedios de los curanderos. Recibiónla los dos viejos con efusión conmovedora. La visita les proporcionaba tanta distracción, que equivalía para ellos á un tesoro. Hacía cuatro años que navegaban por los mares de la vida como marineros que han perdido la ruta y la brújula. Contábanse, al amor de la lumbre, mutuamente, todos los desastres del máximo, sus viejas compras de paños, la manera como habían evitado las bancarrotas y, sobre todo, aquella célebre quiebra Lecocq, que podía reputarse algo así como la batalla Marengo del buen Guillaume. Después, ya agotada la materia, recordaban las sumas de sus inventarios más productivos, y se entretenían en reverdecir los viejos chismes del barrio Saint-Denis. A las dos, el viejo iba á darse una vuelta por el establecimiento del Gato de la pelota; de regreso, deteníase en todas las tiendas, sus rivales antaño, donde los propietarios jóvenes trataban de comprometerle en cualquier descuento arriesgado que, siguiendo su costumbre inveterada, no rechazaba en absoluto. Dos hermosos caballos normandos reventaban de gordos en la caballeriza, porque la señora Guillaume sólo los utilizaba para ir los domingos á la misa mayor de su parroquia. Tres veces por semana invitaba esta respetable pareja á sus amigos. Gracias á la influencia de su yerno Sommervieux, había sido

nombrado Guillaume miembro del comité consultivo para el equipo de tropas, y en cuanto vió á su marido volar tan alto por las esferas de la administración, decidióse la señora Guillaume á figurar; veíanse tan llenas sus habitaciones de adornos de oro y plata y de muebles de mal gusto, aunque de valor positivo, que la pieza más sencilla era comparable á una capilla. La economía y la prodigalidad andaban á la greña por todas partes. Hubiérase dicho que el señor Guillaume tenía propósito de montar una casa de préstamos, hasta por la forma de los candelabros. En medio de este bazar cuya riqueza acusaba la ociosidad de los dos viejos, el célebre cuadro de Sommervieux ocupaba el sitio de honor y era el consuelo de los señores Guillaume, que volvían sus ojos, ataviados con el aditamento de las antiparras, hacia aquel retrato de su antigua existencia, para ellos tan laboriosa y tan divertida. El aspecto del hotel y de sus salones donde todo olta á viejo; el espectáculo ofrecido por los dos personajes que parecían arrojados á una roca, lejos del mundo y de las ideas que convidan á vivir, sorprendieron vivamente á Agustina, quien contemplaba entonces la segunda parte del cuadro presentado á sus ojos en casa de José Lebas, especie de vida movida, pero sin animación, como existencia mecánica é instintiva parecida á la del castor. Sintióse, intuitivamente, orgullosa de sufrir como sufría, puesto que las angustias que pasaba eran en cierto modo consecuencia de una ventura gozada durante diez y ocho meses, y que, á su juicio, valía mil existencias comparables á aquella cuyo vacío parecía horrible. Ocultó, sin embargo, sentimiento tan egoísta, y halagó á sus viejos padres con la gracia que había adquirido ahora su espíritu, con la ternura coquetona que el amor le había revelado, disponiéndoles á escuchar favorablemente sus lástimas matrimoniales. Es notoria la debilidad que sufren los ancianos por esta guisa de confidencias. La señora Guillaume preguntó los más leves pormenores de vida tan rara y que le parecía hasta cierto punto fabulosa. Los viajes del barón de La Houtan, que se comenzaba á menudo sin poder acabar jamás la lectura, no le enseñaron nada que fuese tan inaudito entre los salvajes del Canadá.

—¿Cómo, hija mía, tu marido se encierra con mujeres desnudas, y eres tan simple que crees en que lo hace para dibujarlas?

Y la abuela dirigió sus anteojos hacia una diminuta escultura, sacudió sus enaguas y colocó, cruzándolas, sus manos sobre las rodillas que ayudaba á tener levantadas un braserillo sobre el cual apoyaba ordinariamente los pies.

—Es que todos los pintores necesitan modelos, madre.

—Mira como cuidó mucho de no decirnos tales cosas cuando te pidió en matrimonio. De haberlo sabido, yo me guardara de dar mi hija á hombre que tiene tal oficio. La religión prohíbe tales monstruosidades: eso está reñido con la moral. ¿A qué hora dices que se retira á casa?

—A la una, á las dos...

Los dos esposos se miraron con profundo asombro.

—¿Es que juega?—dijo el señor Guillaume.—En mi tiempo, sólo los jugadores se acostaban tan tarde.

Agustina rechazó con mohín casi imperceptible esta acusación.

—Debe hacerte pasar crueles noches de espera—añadió la señora Guillaume.—Pero no, tú te acuestas ¿no es eso? Y cuando ha perdido, turba tu descanso el monstruo.

—No, madre mía; viene, por lo contrario, con frecuencia muy alegre. Y si hace buena noche me propone que me levante para dar un paseo por el bosque.

—¿Por el bosque á tales horas? ¿Es tan pequeña tu casa, pues, que no le baste con su cuarto y con sus salones y que necesite correr de ese modo para...? ¡Ah! ya entiendo; lo hace para que cojas un resfriado, para deshacerse de ti. ¿Se ha visto en alguna parte á un casado, que disfrute de una industria regular, galopando como lobo famélico?

—Pero, madre, ¿no comprende usted que para dar pasto á su ingenio necesita exaltar la imaginación? Le gustan mucho las escenas que...

—Pues yo le proporcionaré algunas y muy hermosas—interrumpió la señora Guillaume.—¿Cómo es posible que haya orden en la casa que así revuelve hombre tan raro? No es que diga que sólo deba beber agua pura. Eso, claro está, no es sano. ¿Por qué tiene tanta repugnancia á ver comiendo á las mujeres? ¡Vaya un yerno singular! Loco es. Imposible que ocurra cuanto nos has dicho. No puede dejar un hombre su casa sin decir palabra y volver á los diez días. Te sale con que fué á Diepe para pintar el mar. ¿Acaso el mar se pinta? ¡Cuentos y pataratas!

Trató Agustina de defender á su marido; pero le impuso



silencio la señora Guillaume con un gesto que un resto de obediencia le hizo respetar. Su madre exclamó en tono seco:

—¡Ea, no me hables de ese hombre! No ha puesto el pie en la iglesia sino para ir á verte y para casarse. Los que no tienen religión, de todo son capaces. ¿Acaso Guillaume se ha atrevido nunca á ocultarme algo, á estar tres días sin decirme ¡uf! y charlar en seguida descosidamente, como una cotorra?

—Pero, querida madre, usted juzga con demasiada severidad á las gentes superiores. Si sus ideas se parecieran á las de los demás, ya no serían hombres de talento.

—Pues anda y que se queden en casa los talentos y que no contraigan matrimonio. Porque tiene talento el hombre ¿hace desgraciada á su mujer? ¿y estará bien hecho, sólo porque tiene talento? ¡Talento! ¡talento! No hay tanto como te figuras en quien, como él, dice blanco y negro cada media noche, ó que interrumpe á los que hablan, ó que manda en su casa á toque de corneta, ó que nos permite saber á qué son debemos bailar, ó que fuerza á su esposa á no divertirse sin que el ánimo del señor esté alegre, ó á estar pesadosa si él lo está.

—Madre, madre, lo característico en imaginaciones como la suya...

—¿Qué hablas de imaginaciones?—continuó interrumpiendo la señora Guillaume.—¡Pues no son poco lindas que digamos! ¿Qué hombre es ese á quien se le antoja no comer más que legumbres sin consultar al médico? Y aun, si fuera por espíritu de religión, la dieta le sería provechosa; pero se trata de un hugonote. ¿Se ha visto á nadie amar, como él, más al caballo que al prójimo, cortarse los cabellos como un pagano, esconder las estatuas debajo de muselinas, cerrar las ventanas de día para trabajar á la luz de la lámpara? Toma, toma, si no fuera tan escandalosamente inmoral podría encerrarse en el manicomio. Consulta al padre Loraux, vicario de San Sulpicio, pídele su opinión y te dirá que no se porta tu marido como cristiano...

—¡Oh, madre mía! Puede usted creer...

—Sí, sí lo creo. Tú le has amado y no distingues lo que hay en todo ello. Recuerdo haberle visto, en los primeros días de casado, á caballo en los Campos Elíseos. Pues mira; galopaba á lo mejor á todo escape y se detenía en seguida para ir al paso. Yo dije: «He ahí un hombre sin juicio.»

—¡Ah!—observó Guillaume frotándose las manos—¡y qué bien hice en casarte separada de bienes con ese tipo!

Cuando cometió Agustina la imprudencia de contar los agravios verdaderos que tenía contra su marido, miráronla los ancianos con muda indignación. No tardó la señora Guillaume en pronunciar la palabra divorcio. La frase mágica pareció despertar al ocioso negociante. Estimulado por el amor que profesaba á su hija, tanto como por la perspectiva de un proceso que removería su existencia monótona, el señor Guillaume tomó la palabra. Hizo como si dirigiera la demanda de divorcio, pronunció casi una defensa, ofreció á su hija encargarse de los gastos, de ver á los jueces, á los procuradores y abogados, de remover, en suma, cielo y tierra. Rehusó, horrorizada, la señora de Sommervieux los ofrecimientos de su padre; dijo que no quería separarse de su esposo, así fuera diez veces más desgraciada de lo que era, y no habló más de sus pesares. Los viejos le prodigaron todas sus atenciones mimosas, tratando, aunque inútilmente de indemnizarla en algún modo de las tristezas que sufría su corazón, y tuvo que retirarse Agustina sintiendo la imposibilidad de conseguir que los hombres superiores fuesen juzgados atinadamente por espíritus tan oscuros. Lo que sacó en claro fué que la mujer debe ocultar á todos, hasta á sus padres, desventuras como aquellas que difícilmente despiertan simpatías. Los sufrimientos y las tempestades que se desencadenan en esferas elevadas sólo las pueden apreciar los nobles espíritus que habitan en tales alturas. En todo ocurre que sólo nos pueden juzgar nuestros iguales.

La pobre Agustina se encontró, pues, sola, abandonada á la horrible pesadumbre de su casa y respirando aquella atmósfera tan fría. Nada valía para ella el estudio, puesto que no le sirvió para recobrar el corazón de su marido. Iniciada en los secretos de almas tan ardientes, aunque le faltaran sus cualidades, participaba con todo su espíritu de las mismas penas, pero no de los mismos goces. Inspirábale tedio el mundo, que le parecía mezquino y estrecho para contener el formidable empuje de las pasiones. Su vida había equivocado los derroteros. Cierta noche asaltóle un pensamiento que fué como luz celeste que esclarecía sus angustias tenebrosas. Idea tal era, que sólo podía sonreír un corazón tan virtuoso como el suyo: y fué que resolvió ir á casa de la duquesa de Carigliano, no para pedirle el afecto de su marido, sino para

que le enseñase las mañan con que se lo había robado; para que la orgullosa y casquivana se interesase por la madre de los hijos de su amigo; para rendirla y hacerla cómplice en su ventura venidera como había sido instrumento de su desgracia presente.

Revistióse, pues, de valor otro día, pidió á las dos un carruaje y trató de llegar hasta el nido de la célebre coqueta, que no estaba nunca visible hasta dicha hora. No conocía aún la señora de Sommervieux los antiguos y suntuosos hoteles del barrio de San Germán. Cuando recorrió los majestuosos vestíbulos, las escaleras grandiosas, los inmensos salones adornados con flores á pesar del rigor implacable del invierno, y decorados con el gusto característico en las damas que han nacido opulentas ó que poseen modales distinguidos y aristocráticos, sintió Agustina que se le estrechaba el corazón; envidió aquella elegancia de que jamás tuvo la menor idea, y el aire de grandeza que se respiraba en el ambiente vino á explicarle la sujestión que ejercía la casa en su esposo. Dentro, en las reducidas habitaciones de la duquesa, sintió celos, sorda desesperación, admirando el voluptuoso arreglo de los muebles, de las telas y de los cortinajes. El desorden era allí gracioso, y el lujo parecía recordar desdeñosamente las riquezas. Los perfumes perdidos en la tibia atmósfera halagaban su olfato sin herirlo. Todos los enseres casaban armónicamente con la vista que se perdía en el cristal sin fondo colocado sobre alfombras de césped simulando un jardín plantado de árboles verdes. Todo seducía, sin que se descubriese la intención de deslumbrar. El talento de la dueña de estas habitaciones se adivinaba por el aspecto que ofrecía el salón donde esperaba Agustina, quien hacía esfuerzos para descubrir el carácter de su rival por el aspecto que presentaban los objetos allí esparcidos; pero había no sé qué de impenetrable en la simetría y en el desorden, y fué como si tuviese la sencilla criatura delante cartas cerradas. Todo lo que pudo adivinar fué que la duquesa era una dama superior en cuanto mujer. Ocurriósele entonces una idea dolorosa.

—¡Ay de mí!—pensó—¿será cierto que no basta al artista la posesión de un corazón sencillo y amante, y que para contrarrestar el peso de almas tan fuertes, es preciso unirles á otras almas femeniles, cuyo poder se parezca al suyo? Si á mí se me hubiera educado como á esta sirena, por lo menos habrían sido iguales nuestras armas en el momento de la lucha.

—¡Que no estoy!—Estas palabras secas y breves, pronunciadas en voz baja dentro del cuarto inmediato, llegaron hasta Agustina, que sintió palpar su corazón.

—Es que esa señora está esperando—replicó la doncella.

—¡Estás loca! Dile, pues, que pase—respondió la duquesa, cuya voz, dulce ahora, recobró su acento afectuoso. Evidentemente deseaba ser oída esta vez.

Agustina entró con paso tímido. Se hallaba la duquesa en el testero de aquel fresco gabinetillo, voluptuosamente reclinada sobre la otomana de terciopelo obscuro, puesta en el centro de una especie de semicírculo descrito por los pliegues delicados de una colgadura tendida sobre fondo amarillo. Adornos de dorado bronce, dispuestos con exquisito gusto, realzaban aquella especie de pabellón en que se destacaba la figura de la dama como estatua de la antigüedad. El color apagado del terciopelo ayudaba á que desplegase todas sus habilidades para seducir. La semiclaridad del día, favorecedora de su belleza, diríase que era más bien reflejo que luz. Había algunas flores raras que alzaban sus perfumados tallos por encima de los ricos jarrones de Sevres. En el momento en que se descubrió este cuadro acababa de entrar Agustina, con tanta discreción, que aun pudo sorprender una mirada de la encantadora duquesa, que parecía indicar á otra persona, que no pudo ver al principio la mujer del pintor:

—Quédese; va usted á ver una mujer muy linda; y así contribuirá usted á hacerme esta visita menos fastidiosa.

La duquesa se levantó y la hizo sentar á su lado.

—¿A qué debo el honor de esta visita, señora?—preguntó sonriendo graciosamente.

—¿Por qué tanto fingimiento?—pensó Agustina, contestando sólo con suave inclinación de cabeza.

Su silencio era obligado. La joven calculaba que había un testigo inútil en escena. Era el personaje el coronel más joven, más elegante y mejor formado de todos los coroneles del ejército. Su traje, algo descuidado, hacía resaltar las gracias de su persona. Animaban su figura, llena de vida y de juventud, expresiva en exceso, unos bigotes pequeños, puntiagudos, de gulas negras como el azabache, una barba á la imperial muy poblada, unas patillas cuidadosamente peinadas y un bosque de cabellos, negros también, que tenía en desorden. Juguetaba con un látigo de montar, demostrando cierta complacencia y no sé qué libertad, que sentaban tan bien al

aire de satisfacción de su fisonomía como el esmero de su tocado; las condecoraciones que ostentaba en el pecho estaban colocadas con desaliño, y más parecía envanecerse de su linda apostura que de su valor. Agustina indicó con la mirada al coronel, y sus deseos fueron comprendidos.

—Vaya, adiós, señor de Aiglemont; en el bosque de Boulogne nos veremos.

Pronunció estas palabras la sirena como si fuesen resultado de un convenio anterior á la llegada de Agustina, y las acompañó con mirada amenazadora, que merecía sin duda el oficial, por la admiración con que contemplaba á la modesta flor, sorprendido del contraste que hacía al lado de la orgullosa duquesa. Se inclinó el fatuo en silencio, giró sobre los talones de las botas y salió graciosamente de la estancia. Agustina, que observaba á su rival, quien siguió con los ojos al coronel, sorprendió en la mirada un sentimiento cuya expresión pasajera conocen muy bien todas las mujeres. Pensó con dolor profundo que iba á ser inútil su visita; estaba la astuta duquesa demasiado pagada de los homenajes, para que tuviera algún resto de piedad en su corazón.

—Señora—dijo Agustina con voz entrecortada,—el paso que en este momento doy va á parecerle singular, pero la desesperación es loca y espero que me sirva de excusa. Me explico perfectamente que Teodoro prefiera su casa de usted á todas las demás y que ejerza su talento de usted sugestión tan grande sobre él. ¡Ay, sí! No tengo más que examinarme á mí misma para hallar motivos indiscutibles. Pero adoro á mi marido, señora. Dos años de derramar lágrimas no han borrado su imagen de mi corazón, aunque es bien cierto que he perdido el suyo. Tan loca estuve, que concebí la idea de luchar con usted, y á usted recurro para preguntarle de qué medios puedo valerme que me ayuden á triunfar de usted misma. ¡Oh, señora!—añadió la joven apoderándose de la mano de su rival, quien se la abandonó fácilmente—no rogaré á Dios por mi propia dicha con tanto fervor como imploraré por la suya, si usted me ayuda á recuperar, no digo el amor, la amistad por lo menos, de Sommervieux. Usted es mi única esperanza. Dígame cómo ha conseguido agradecerle, haciéndole olvidar los primeros días de...

No pudo proseguir; los sollozos la interrumpieron, y avergonzada de su debilidad, ocultó su rostro en un pañuelo que bañó de llanto.

—¡Qué criatura es usted, querida mía!—dijo la duquesa, quien, seducida por lo inusitado de la escena, y sintiendo que la conmovía, sin poderlo evitar, el homenaje con que la honraba la virtud más intachable acaso de París, cogió el pañuelo y se puso á enjugar aquellos ojos húmedos, adulándola con algunos monosílabos murmurados con graciosa piedad. Hubo una pausa. Aprisionando en seguida las lindas manos de la pobre Agustina entre las suyas, que eran de rara belleza, añadió con voz dulce y afectuosa:—Mi primer consejo sería que no llorase usted así, porque las lágrimas afean mucho. Es preciso ser fuertes contra los pesares, pues el amor no sabe resistir pacientemente sobre un lecho doloroso. La melancolía presta al principio cierta gracia que enamora, pero concluye por alargar los rasgos de la cara, marchitando la figura más seductora. Además, nuestros tiranos tienen siempre la pretensión vanidosa de que sus esclavas estén á todas horas risueñas.

—¡Pero, señora, si no depende de mi voluntad que sienta ó no! ¿Cómo es posible, sin morir mil veces antes, ver con indiferencia, empañada y descolorida, la cara que en otro tiempo brillaba con los encantos de la alegría y del amor? No, yo no sé sobreponerme á los impulsos de mi corazón.

—Tanto peor para usted, querida mía; creo adivinar toda su historia de usted. Pero convengamos desde luego en que si su esposo ha sido infiel, no soy ciertamente yo su cómplice. Si he procurado atraerlo á mis salones, confieso que ha sido por espíritu de vanidad; era célebre y no concurría á círculo alguno. La aprecio ya demasiado á usted para explicarle cuantas locuras ha hecho por mí. Una sola descubriré, porque puede servirnos acaso para recogerle en el redil y castigarle por los atrevimientos de su conducta respecto de mí. Acabaría por comprometerme, y conozco demasiado la sociedad, querida mía, para entregarme á la discreción de hombre tan superior. Es bueno permitir que nos cortejen, pero no enlazar nuestro destino al suyo; no hay falta más grande para nosotras. Debemos admirar á los genios, gozar con su trato, como se goza en un espectáculo; pero ¡vivir con ellos! jamás. ¡Caramba! eso equivaliera á entretenerse en contemplar la tramoya de la Opera en lugar de ir á saborear desde un palco sus deslumbrantes fantasmagorías. Ahora bien, como el mal se ha apoderado de usted, es necesario que tratemos de darle fuerzas contra la tiranía.

—Antes de entrar aquí, señora, y también en el momento de ver á usted, he descubierto ya algunas mañas que no sospechaba siquiera.

—Pues bien, vuelva alguna vez más y yo digo que no tardará mucho en apoderarse de la ciencia de esas pequeñeces, que, por otra parte, son de importancia suma. En las exterioridades está para los necios la mitad de la vida; y para estas cosas son muchos los talentos que resultan tontos de capirote, á pesar de su ingenio. Apuesto á que no ha sabido usted rehusar nada nunca á Teodoro.

—¿Y cuál es el medio, señora, de negar algo al que se ama?

—¡Pobrecilla! la adoraría yo por sus bobadas. Tenga entendido que cuanto más ama la mujer, más cuidadosamente debe ocultar al hombre la grandeza de su cariño, y al marido sobre todo. Siempre resulta más tiranizado el que más ama, y, lo que es peor, víctima del abandono tarde ó temprano. El que trata de dominar, debe...

—¿Cómo, señora? ¿Luego es preciso disimular, calcular, ser falsa, revestirse de un carácter artificioso, y esto siempre, todos los días? ¡Oh! ¿y se puede vivir así? ¿Acaso puede usted hacerlo?

Después vaciló, y la duquesa se sonrió y le dijo con voz grave:

—Querida mía, la dicha conyugal ha sido en todas las épocas una especulación, un negocio que reclama cuidado exquisito. Si continúa usted hablando de las pasiones cuando yo me refiero al matrimonio, será imposible que nos entendamos. Escúcheme usted—y bajó el tono, confidencialmente.—He conocido algunos hombres de fama. Los que se han casado, lo hicieron, salvo raras excepciones, con mujeres de valor nulo. Pues bien, les gobernaban, como nos gobierna el emperador, y eran, si no queridas, por lo menos respetadas. Me gusta descubrir los secretos, sobre todo en lo que nos concierne, y me he entretenido en averiguar este enigma. Esas buenas mujeres tuvieron bastante talento para estudiar el carácter de sus esposos; sin que les espantara, como á usted le ocurre, ángel mío, la decantada superioridad, investigaron las cualidades de que carecían; y ya que, en efecto, las poseyesen, ó bien que fingieran tenerlas, el caso es que daban con el medio de ostentarlas profusamente á los ojos de sus dueños, y acababan por imponérseles. No

eche usted en saco roto que todas esas almas, que tan grandes parecen, tienen siempre un átomo de locura, que es preciso saber explotar. Proponiéndonos firmemente dominarlos, no apartándonos nunca de este propósito, sujetando á dicho objeto todas nuestras acciones, nuestras ideas, nuestras gracias, nos enseñoreamos de esos espíritus eminentemente caprichosos que, en la misma volubilidad de sus pensamientos, nos dan los medios para ejercer nuestro influjo.

—¡Dios mío!—exclamó la joven con susto.—Esa es, pues, la vida. Un combate...

—Sí; en donde no hay más remedio que hostigar siempre—replicó la duquesa riéndose.—Nuestro poder es ficticio, y no conviene dejarse despreciar por ningún hombre, pues no se levanta ya de tal caída sino con argucias de mala ley. Vamos, voy á facilitar un medio para uncir otra vez á su marido al yugo que rompió.

Y se levantó para guiar, sonriendo siempre, á la inocente aprendiz de las astucias matrimoniales, á través del dédalo de su palacio. Llegaron á una escalera interior que comunicaba con los departamentos en que se recibía. Cuando la duquesa oprimió el resorte de la puerta, se detuvo, y mirando á Agustina con aire inimitable de finura y de gracia, le dijo:

—El duque de Carigliano me adora, y, sin embargo, no se atreve á pasar por aquí sin mi permiso. Y cuenta que se trata de hombre acostumbrado á mandar sobre millares de soldados. Sabe afrontar el peligro de las baterías; pero delante de mí... tiembla.

Agustina suspiró. Entraron en una galería suntuosa, donde la duquesa puso á la mujer del pintor delante del retrato de la señorita Guillaume, que había hecho Teodoro. Agustina exhaló un grito.

—Sabía que no estaba ya en casa—repuso,—pero... ¡aquí!

—No lo he pedido, pequeña mía, sino para ver hasta qué grado puede llegar la necedad del genio. Más ó menos tarde se lo habría devuelto á usted, pues no esperaba yo la dicha de tener el original enfrente de la copia. Mientras acabamos nuestra entrevista haré que lo lleven á su carruaje. Si armada con este talismán no logra ser dueña de su esposo durante cien años, no es usted mujer, y merece muy bien su suerte.

Besó la mano Agustina á la duquesa, quien la estrechó

sobre su corazón y la abrazó con ternura tanto más viva, cuanto que debía olvidarle al día siguiente. Hubiera, sin duda, este coloquio acabado con el candor y la pureza de otra mujer menos virtuosa que Agustina, para quien los secretos revelados por la duquesa podían ser tan saludables como funestos, pues la política sagaz de las altas esferas sociales no convenía más á la joven que el estrecho criterio de José Lebas ó la tonta moral de la señora Guillaume. Efecto extraño de la falsa posición en que nos colocan los más leves contrasentidos que cometemos en la vida. Pareciase entonces Agustina á un pastor de los Alpes sorprendido por una avalancha: si vacila y se deja guiar por los gritos de sus compañeros, lo más fácil es que perezca. En las grandes crisis el corazón se estrella ó se hace duro como el bronce.

Sería difícil descubrir cómo regresó á su casa la señora de Sommervieux. La conversación con la duquesa de Carigliano despertaba las ideas más contradictorias en su espíritu. Como los carneros de la fábula, revestida de valor en la ausencia del lobo, se arengaba á sí misma, y se trazaba admirables planes de conducta; estudiaba mil estratagemas de coquetería; dirigíase á su marido, como si le tuviera presente, sin que le faltasen esas dotes de elocuencia que poseen las mujeres todas; después, pensando en la mirada fija de Teodoro, poníase á temblar. Cuando preguntó si el señor estaba en casa, la voz le faltó, y sintió un impulso de alegría inexplicable cuando supo que no iría á comer. Como el criminal que se levanta en casación contra su sentencia de muerte, cualquiera dilación, por corta que fuese, le parecía una vida entera. Colocó el retrato en su gabinete, y aguardó á su marido entregada á todas las angustias que se sufren en los momentos de esperanza. Presentía que aquella tentativa decidiría de todo su porvenir, y temblaba oyendo el rumor más leve, hasta la ondulación del péndulo, que agravaba sus terrores midiéndoselos. Procuró engañar el tiempo con mil invenciones. Se le ocurrió arreglar su tocado de manera que la hiciera parecer al retrato, y en seguida, pensando en el carácter inquieto de su esposo, hizo iluminar profusamente la habitación, segura de que la curiosidad le llevaría hasta allí. Media noche era cuando, á los gritos del *jockey*, se abrió la puerta del hotel y el coche del pintor rodó por el empedrado del patio silencioso.

—¿Qué significa esa iluminación?—preguntó alegremente Teodoro entrando en el cuarto de su mujer.

Aprovechó Agustina con destreza momento tan favorable, y arrojándose al cuello de su marido, le enseñó la pintura. Quedó el artista frío como una roca y sus ojos divagaron alternativamente del rostro de Agustina á la acusadora tela. La tímida esposa, medio muerta, que observaba la frente terrible de su marido, vió amontonarse en ella expresivas arrugas, como se amontonan las nubes; después le pareció que se le helaba la sangre en las venas cuando sufrió la mirada centelleante y fué interrogada con voz sorda, profunda:

—¿Dónde has encontrado ese cuadro?

—La duquesa de Carigliano me lo ha devuelto.

—¿Se lo has pedido tú?

—Ignoraba que estuviese en su palacio.

La dulzura, más bien la melodía encantadora de la voz de aquel ángel hubiera enternecido á los canibales, que no á un artista herido en su vanidad.

—Esa acción es digna de ella—exclamó al fin con voz tonante.—Yo me vengaré—añadió paseándose nerviosamente.—La haré morir de vergüenza. La pintaré, sí, la pintaré en forma de Mesalina (1) saliendo por la noche del palacio de Claudio.

—¡Teodoro!—murmuró una voz apagada.

—La mataré.

—¡Amigo mío!

—Ama á ese diablo de coronel de caballería porque monta bien á caballo...

—¡Teodoro!

—¡Eh, déjeme usted!—dijo el pintor á su esposa con voz que parecía más bien un rugido.

Sería abominable pintar toda la escena, al término de la cual la embriaguez de la cólera sugirió al artista actos y palabras, que otra mujer, menos joven que Agustina, hubiera imaginado propios de un demente.

Al otro día, hacia las ocho de la mañana, sorprendió á la señora Guillaume ver á su hija pálida, encarnados los ojos, el peinado en desorden, con un pañuelo empapado de lágrimas y contemplando los fragmentos de una tela, espar-

(1) Mesalina, mujer del emperador Claudio, fué célebre por su conducta licenciosa. (N. del T.)

cidos por el suelo, y los pedazos de un gran marco dorado. Agustina, á quien el dolor tenía casi insensible, mostró, con gesto de desesperación, aquellos despojos.

—Sí que hay en ello una gran pérdida—exclamó la vieja regente del Gato de la pelota.—Se parecía mucho, es verdad; pero no te apures; he sabido que hay en el bulevar uno que hace retratos admirables por cincuenta escudos.

—¡Oh, madre mía!

—¡Pobrecita! Tienes mucha razón—replicó la señora Guillaume, que no supo entender la expresiva mirada de su hija.—Anda, nadie quiere con más ternura que la madre. Angel mío, todo lo comprendo; pero cuéntame tus penas, y te consolaré. ¿No te he dicho ya que ese hombre estaba loco? Tu doncella me ha contado lindas cosas... ¡Qué, si es un verdadero monstruo!

Agustina selló con un dedo sus pálidos labios, como si quisiera implorar un momento de silencio y quietud. La desventura la dotó aquella terrible noche de la paciente resignación que en las madres y en las esposas amantes sobrepuja, por sus efectos, á toda energía humana, y descubre quizás en el corazón de la mujer la existencia de ciertas fibras que Dios no quiso otorgar al hombre.

Indica una inscripción puesta en el cementerio de Montmartre, que la señora de Sommervieux murió á los veintisiete años. Un amigo de la tímida criatura vió en las líneas de este epitafio la última escena del drama. Y cada año, cuando llega la solemnidad del 2 de noviembre, no pasa nunca por delante de aquel mármol frío, sin preguntarse si no se necesita ser mujer más fuerte de lo que era Agustina, para resistir los poderosos abrazos del genio.

—Las flores modestas y humildes, que abren sus capullos en los valles, mueren quizás—piensa—cuando se ven trasplantadas á las alturas, muy cerca de los cielos, en las regiones donde se amasan las tempestades y donde el sol brilla ardiendo, refulgente.

## EL BAILE DE SCEAUX

Á ENRIQUE DE BALZAC

Su hermano,  
HONORATO.

El conde de Fontaine, señor de una de las más antiguas familias del Poitou, puso toda su inteligencia al servicio de los Borbones, ayudándoles valerosamente durante el período en que los vandeños guerrearón contra la república. Concluida esta época borrascosa de la historia contemporánea, después de haber salvado los peligros en que se vieron los jefes realistas, declaraba jovialmente: «Aquí tienen ustedes uno de los que se han expuesto á morir sobre las gradas del trono.» No había fanfarronada en semejante agudeza dicha por hombre á quien se abandonó entre los muertos cuando la jornada de los Cuatro Caminos. Arruinado y todo por la confiscación de sus bienes, este fiel vandeño rehusó tantos destinos lucrativos como por encargo del emperador Napoleón se le ofrecieron. Invariable en sus principios aristocráticos, cumplió ciegamente todas las máximas de su religión cuando juzgó oportuno elegir compañera; y desdendiendo los atractivos de una rica heredera á quien la revolución acababa de encumbrar, y que descaba con grande empeño tal alianza, casóse con cierta señorita de Kergarouët, pobre, pero oriunda de una de las ramas más nobles de Bretaña.

Cuando la revolución sorprendió á de Fontaine, era ya numerosa su prole, y contra sus ideas que repugnaban soli-